

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE
ESCUELA GRADUADA DRA. LUZ M. RIVERA MIRANDA

DISCUSIÓN CRÍTICA SEMANA 7

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
DR. CARLOS COLÓN, PHD EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO MEL 605.773
LIDERAZGO PASTORAL Y CULTURA ORGANIZACIONAL

POR

BRYAN J. ROSADO SANTOS

SAINT JUST, P. R.

DICIEMBRE 13, 2025

PRINCIPIOS DE VIDA Y PENSAMIENTO PARA LA ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA

El desarrollo de la iglesia no puede comprenderse adecuadamente si se limita a fórmulas, programas o experiencias aisladas. Desde la perspectiva presentada por el autor, la iglesia debe entenderse como un organismo vivo, creado por Dios, que crece de manera natural cuando se respetan las leyes que Él mismo ha establecido en la creación. En este sentido, los principios bióticos no son técnicas de crecimiento, sino realidades inherentes a la vida que, cuando se aplican a la iglesia, permiten un desarrollo tanto cualitativo como cuantitativo. Este planteamiento requiere abandonar los extremos del espiritualismo y la tecnocracia y adoptar una teología bipolar que mantenga en tensión creativa los polos dinámico y estático de la vida eclesial.

El primer principio, la interdependencia, nos recuerda que en la iglesia nada ocurre de manera aislada. Tal como sucede en un organismo vivo cada parte del cuerpo está conectada con las demás, y el bienestar de una afecta directamente al conjunto. Cuando una iglesia enfatiza solo un área —como la adoración, la predicación o la estructura organizacional— sin considerar su impacto en otras, se produce un desequilibrio que limita el crecimiento saludable. El autor insiste en que el verdadero desarrollo ocurre cuando ministerios, dones, liderazgo y relaciones funcionan de manera integrada. Esta visión confronta tanto al modelo tecnocrático, que fragmenta la iglesia en departamentos, como al espiritualista, que a veces ignora la necesidad de relaciones y estructuras sanas.

El segundo principio, la multiplicación, va más allá del simple aumento numérico. El autor subraya que en la naturaleza lo saludable se reproduce, y lo mismo debe ocurrir en la iglesia. La multiplicación auténtica se expresa en la formación de discípulos, el surgimiento de

nuevos líderes y la expansión de ministerios con propósito. Una iglesia que no se multiplica, aun cuando tenga actividad constante, evidencia una limitación en su vitalidad. Aquí se revela uno de los errores del enfoque tecnocrático, que mide la multiplicación solo en estadísticas, y del espiritualista, que puede conformarse con experiencias intensas pero poco reproductivas. El equilibrio se logra cuando la vida espiritual produce fruto visible y sostenible.

El tercer principio, la transformación de la energía, resulta particularmente desafiante. El autor plantea que incluso las crisis, conflictos y tensiones pueden convertirse en impulso para el crecimiento si son canalizados correctamente. En lugar de evitar toda dificultad o espiritualizar el sufrimiento sin dirección, la iglesia está llamada a discernir cómo Dios puede usar esas circunstancias para fortalecerla. Este principio rompe con la mentalidad de control propia de la tecnocracia y con la pasividad que a veces acompaña al espiritualismo, afirmando que el Espíritu Santo actúa dentro de la realidad concreta y no al margen de ella.

El principio de efectos múltiples enfatiza que una acción acertada en el lugar correcto genera beneficios en diversas áreas. El autor ilustra que cuando se trabaja adecuadamente un aspecto clave como el liderazgo o el discipulado, el impacto se extiende a la vida espiritual, organizacional y comunitaria de la iglesia. Esto cuestiona la obsesión por resultados inmediatos y visibles, característica del pragmatismo, y a la vez corrige la tendencia a minimizar la planificación. Desde esta perspectiva, el crecimiento no siempre es lineal ni instantáneo, pero sí profundo y duradero.

La simbiosis, como quinto principio, resalta la importancia de la cooperación y la diversidad. La iglesia no está llamada a la uniformidad, sino a una unidad orgánica donde los diferentes dones, personalidades y ministerios se complementan mutuamente. El autor critica la mentalidad de monocultivo, tanto espiritual como estructural, que empobrece la vida eclesial. La

simbiosis permite que la iglesia crezca de manera equilibrada, evitando el individualismo del espiritualismo y la rigidez del tecnocratismo.

Finalmente, el principio de funcionalidad establece que todo lo vivo cumple una función y produce fruto. En la iglesia, el fruto no se limita al crecimiento numérico, sino que incluye la madurez espiritual, la transformación de vidas y el impacto en la comunidad. El autor advierte que cuando no hay fruto, algo en el sistema está bloqueando la vida. Este principio confronta la tentación de justificar la falta de resultados mediante un lenguaje excesivamente espiritual, así como la de absolutizar métricas externas sin discernimiento teológico.

En este contexto, el autor presenta una crítica clara a los modelos espiritualista y tecnocrático. El espiritualismo absolutiza el polo dinámico, separando lo espiritual de lo organizacional y cayendo en un dualismo que debilita el testimonio de la iglesia. La tecnocracia, por su parte, absolutiza el polo estático, confiando en métodos, estructuras y programas como si garantizaran el crecimiento por sí mismos. Ambos modelos, aunque opuestos, comparten un mismo error: pierden la visión integral de la iglesia como organismo vivo.

La teología bipolar surge entonces como una propuesta bíblica y equilibrada. No se trata de escoger entre Espíritu u organización, fe o estructura, sino de reconocer que ambos polos se necesitan mutuamente. El crecimiento saludable de la iglesia ocurre cuando existe una relación dinámica entre lo orgánico y lo organizacional. De esta manera, el desarrollo cualitativo precede y sostiene al desarrollo cuantitativo, y la iglesia crece no porque sea forzada a hacerlo, sino porque se liberan las condiciones para que la vida que Dios ya ha puesto en ella fluya naturalmente.